

EL CÓDIGO CIVIL CHILENO. SUS FUENTES. SU HISTORIA. DIVERSOS PROYECTOS DE CÓDIGO

I. EL CÓDIGO CIVIL FRANCÉS: Principal inspirador de la legislación civil chilena

12. GONZALO FIGUEROA YÁÑEZ: “La Revolución francesa y el Derecho Civil”, charla leída el 14 de julio de 1989 ante la Asociación Regional de Magistrados de Talca, al cumplirse 200 años del inicio de la Revolución Francesa, págs. 1 a 7.

1. EL CÓDIGO CIVIL ES UNA DE LAS OBRAS PRINCIPALES DE LA REVOLUCIÓN

Si bien la idea de codificar la legislación, y particularmente las leyes civiles, es muy anterior a la Revolución Francesa, fue con ella que esa idea tomó fuerza y logró culminar con la promulgación del primer Código Civil moderno, como fue el Código de Napoleón. Géný ha señalado en este sentido que “el Código Civil, sobre todo y desde su nacimiento, ha aparecido como una de las obras capitales de la Revolución”.¹

La intención de dictar un Código Civil es casi coetánea con el movimiento revolucionario, tanto que antes de cumplirse un año de la toma de la Bastilla, la Asamblea Constituyente declaró, por decreto de 5 de julio de 1790, que “las leyes civiles se revisarán y reformarán por los legisladores, y se hará un Código general de leyes simples, claras y apropiadas a la Constitución”.²

¹ GÉNY, *Método de interpretación y fuentes en el Derecho Privado Positivo*, Madrid, 1925.

² Citado por RIVACOBAY RIVACOBAY, MANUEL DE, en el *Prólogo al Discurso preliminar del Proyecto de Código Civil Francés de PORTALIS*, editado por Edeval, Valparaíso, 1978, pág. 7.

El propio Napoleón vio con claridad la trascendencia que tenía su Código Civil para la estabilidad institucional francesa y de su Imperio, tanto que llegó a decir del mismo que “constituía su más preciado título de gloria”.³

2. LA IDEA DE CODIFICACIÓN

Se ha dicho que la codificación, como fenómeno histórico, cultural y espiritual de Occidente, representó una revolución absoluta, casi copernicana, respecto de la forma de concebir y representar “lo jurídico”, y que como toda revolución, constituyó una reacción a la forma anterior de concebirlo y representarlo.⁴ Los supuestos teóricos de esta idea de la codificación nacieron en Europa durante el siglo XVII. Antes de ese siglo, la tendencia a fijar el Derecho, esto es a reunir las diversas leyes en cuerpos únicos, compactos y totalizadores, se había manifestado en compilaciones sumatorias de las leyes más diversas, reunidas, en el mejor de los casos, en torno a temas generales. Tales fueron, por ejemplo, el *Corpus Iuris Civilis*, de Justiniano, en el siglo VI; las *Siete Partidas*, de Alfonso X, en el siglo XIII, o la *Recopilación de Indias*.

El Derecho recopilado en tales cuerpos jurídicos era un Derecho casuístico, esto es, basado en la resolución de casos particulares, a través de los cuales se generalizaban principios teóricos de aplicación general. El Derecho anterior a la codificación tenía

³ Citado por RIVACOBAY RIVACOBAY, MANUEL DE, ob. cit. pág. 17.

⁴ GUZMÁN B., ALEJANDRO, “La codificación del Derecho”, en *Revista de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso*, Tomo VIII, 1984, pág. 11.

siempre como punto de partida el caso particular, y concluía, luego de un largo razonamiento inductivo, en reglas abstractas y generales, como había sido la costumbre desde los tiempos en que el Pretor resolvía los casos que le tocaba conocer, en el antiguo Derecho Romano.

En segundo lugar, el Derecho recopilado en los cuerpos jurídicos anteriores a la codificación provenía generalmente de fallos judiciales y de razonamientos doctrinales, que recogían la costumbre vigente sobre el tema de que se tratara. La ley, concebida como una orden de autoridad, tenía escasa importancia como fuente del Derecho; por regla general, no existía una regla oficial que ordenara con claridad cual era la conducta que el ordenamiento exigía de los particulares. Dicho de otra manera, el derecho carecía en buena parte del elemento certeza, que es el fundamento de la seguridad jurídica en nuestros sistemas codificados.

Como consecuencia de lo señalado, el Derecho anterior a la codificación fue un Derecho de controversias, en que cada jurista discutía el caso a la luz de los precedentes parecidos previamente recopilados, y en que a través de esta discusión casuística se iban delineando poco a poco ciertos criterios de aplicación general. Esos criterios generales y abstractos constituían lo que se denominaba la “opinión común de los doctores”, y ella configuraba el criterio de certeza y seguridad jurídica de la época.⁵ De más está señalar que en caso de diversidad de opiniones entre diferentes “doctores”, se perdía el criterio de certeza, y las partes se enfrascaban en discusiones interminables frente a jueces que carecían de un principio rector uniforme en el cual fundamentar sus fallos.

Hacia el siglo XVII se generaliza un sentimiento de inseguridad y de incerteza jurídicas, de manera que políticos, filósofos y juristas claman al unísono por la reforma del Derecho. Será lo que se propondrá el movimiento codificador, cuyo principal im-

pulsor es el filósofo Godofredo Guillermo Leibniz. Este pensador parte del método científico, matemático y axiomático entonces en boga, y sostiene la necesidad de utilizar este método también en el campo del Derecho, esto es, piensa que el Derecho puede tener su punto de partida –como las ciencias exactas– en postulados indemostrables, pero racionales y evidentes, desde los cuales se puede llegar por deducción a consecuencias lógicas consecuentes con ellos, sin tener que pasar necesariamente por la experiencia. Esta posición representó la superación radical del método casuístico y empírico, que venía usándose desde el Derecho Romano. Según Leibniz, el Derecho debía construirse a partir de postulados generales, indemostrables por la experiencia, pero evidentes a la razón, de los cuales pueden deducirse las demás reglas jurídicas cada vez menos generales, las que serán aplicadas finalmente a los casos que deban resolverse. La exigencia de reglas legales claras, precisas, racionales, generales y abstractas, purgadas de sus contingencias casuísticas e históricas, de las razones de la ley y de las opiniones de autoridades, será la primera vertiente que hará posible el movimiento codificador que habrá de impulsar la Revolución Francesa.

La segunda vertiente de la codificación es la ideología liberal que invade la política y la economía de la época como reacción al absolutismo del Antiguo Régimen y a su sistema económico estatista, dirigista e intervencionista, implantado por la Monarquía derribada. Las nuevas leyes reclaman la igualdad de todos los hombres y la abolición de las clases sociales, la inviolabilidad de la persona humana, propugnan la libre empresa, la autonomía de la voluntad, la comercialización de todas las propiedades, el término de los mayorazgos, capellanías y vinculaciones y la libertad de testar.

El modelo más acabado del movimiento codificador fue el Código Civil francés de 1804, pues logró recoger en buena forma las dos vertientes que acaban de señalarse. Antes de dicho cuerpo de leyes hubo,

⁵ Seguimos muy de cerca en esta parte a GUZMÁN B., ALEJANDRO, ob. cit.

sin embargo, otros Códigos Civiles, como el promulgado en Prusia en 1794 por el rey Federico el Grande, o el de Baviera de 1756, que no lograron desprenderse completamente de la antigua mentalidad medieval.

3. EL CÓDIGO CIVIL FRANCÉS: ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS

Ya recordamos que la Asamblea Constituyente, antes de cumplirse un año de la toma de la Bastilla, pensó en la dictación de un Código Civil. Fue, sin embargo, la Convención la que abordó por primera vez esta tarea, al encargar en forma bastante ingenua a su Comisión de Legislación que redactara un proyecto de Código Civil “en el plazo de un mes”.⁶ Varios proyectos se presentaron a la consideración legislativa en los años siguientes, cuyos autores fueron los juristas Cambacérès, que redactó tres anteproyectos, y Jacqueminot, que redactó uno. Fue, sin embargo, la comisión designada en 1800 por el Primer Cónsul, y que estuvo compuesta por los juristas Tronchet, Bigot-Préameneu, Malleville y Portalis, la que puso término a la tarea y pudo presentar un proyecto definitivo a los cuerpos legislativos, que terminaron por aprobarlo con fecha 21 de marzo de 1804.⁷ Esta fecha no sólo es memorable por haber sido aquella en que se promulgó el primer Código Civil moderno, sino también porque ese día se derogó expresamente y en bloque todo el antiguo Derecho, en las materias que trataba el nuevo cuerpo de leyes. Jossérand expresa, respecto de esta fecha, que “el viejo edificio, hecho de piezas y de trozos desemejantes, era reemplazado por una construcción cuya solidez y pureza de líneas debía producir la admiración del mundo entero; y con él, y por él, se abre un tercer período, el del derecho moderno”.⁸

El nuevo Código estuvo a la altura de las expectativas que se habían cifrado en él. Supo conjugar debidamente una adecuada ponderación con una razonable adaptación a las circunstancias sociales y económicas por que pasaba Francia en la época de su dictación; en otras palabras, representó el ideal que el propio Portalis había soñado para la mejor de las legislaciones: “Las leyes no son meros actos de poder: son actos de sabiduría, de justicia y de razón. El legislador ejerce menos una autoridad que un sacerdocio. No debe perder de vista que las leyes se hacen para los hombres y no los hombres para las leyes; que éstas deben adaptarse al carácter, a los usos, a la situación del pueblo para el cual se dan; que es preciso ser sobrio en cuanto a novedades en materia de legislación, porque si ante una institución nueva es posible calcular las ventajas que una teoría nos ofrece, no lo es conocer todos los inconvenientes que sólo la práctica puede descubrir; que hay que mantener lo bueno, si lo mejor es dudoso; que, al corregir un abuso, deben tomarse también en cuenta los peligros de la propia corrección; que sería absurdo entregarse a ideas de perfección absoluta en cosas que no son susceptibles sino de una bondad relativa; que, en lugar de cambiar las leyes, es casi siempre más útil brindar a los ciudadanos nuevos motivos para que las amen; que la historia apenas nos ofrece la promulgación de dos o tres leyes buenas en el transcurso de muchos siglos; que, por último, el proponer cambios no corresponde más que a aquellos que han nacido predestinados a penetrar, de un golpe de genio y por una suerte de iluminación repentina, toda la constitución de un estado”.⁹

No podemos entrar a analizar en profundidad, en esta ocasión, las bondades, defectos, trascendencia y criterios de las diversas instituciones que componen el Código de Napoleón. Limitémonos a señalar tan sólo sus principales características, fuera de las que ya hemos indicado, de constituir

⁶ JOSSERAND, LOUIS, *Derecho Civil*, Ediciones Jurídicas Europa-América, Buenos Aires, 1952, Tomo I, vol. I, pág. 35.

⁷ 30 Ventoso del año XII.

⁸ JOSSERAND, LOUIS, ob. cit., pág. 40.

⁹ PORTALIS, JEAN-ETIENNE-MARIE, *Discurso preliminar del proyecto de Código Civil francés*, Imprenta Edeval, Valparaíso, 1978, págs. 31 y 32.

un libro breve, conciso, claro y preciso, que vino a reemplazar los farragosos textos del Antiguo Derecho.

En primer lugar, constituyó una obra sistemática, conforme a una concepción racional y lógica, que se expresó en sentencias concisas, contenidas en artículos, cada uno de los cuales estaba concatenado con los restantes, de tal manera que cualquier persona medianamente culta podía entenderlos y cumplirlos, lo cual contribuyó poderosamente a asegurar la seguridad y certeza jurídicas que entonces se echaban de menos.¹⁰

En segundo lugar, fue una síntesis adecuada, fecunda, razonada, ecléctica, del Antiguo Derecho consuetudinario francés y del Derecho Romano, recibido en Francia a través de canonistas y glosadores, más algunas viejas ordenanzas, jurisprudencia de los antiguos Parlamentos e importantes instituciones del Derecho Canónico. Todo ello llegó a los redactores del Código de Napoleón a través de las obras de Domat y Pothier.¹¹

En tercer lugar, el Código de Napoleón fue una obra de prudencia y de equilibrio social, que si bien reprodujo adecuadamente los ideales revolucionarios, evitó los excesos de los años inmediatamente posteriores a la Revolución. Fue por eso una obra práctica, adaptable a las necesidades del pueblo francés de la época. Si alguna crítica puede hacerse, ella está en relación precisamente con la época de su dictación, y el exagerado individualismo que la caracterizó. La crítica no alcanza, sin embargo, al Código mismo, hijo de su época, sino a ésta, puesto que las obras de los hombres no pueden sino reproducir las características de los tiempos en que se elaboraron, y no puede pedírseles que prevean y se anticipen a los tiempos que aún no han transcurrido, ni que legislen para sociedades que aún no han llegado a existir. A medida que los años fueron pasando y el Código de Napoleón fue

envejeciendo, empezó a tomar el prestigio de las grandes obras que resisten el embate del tiempo. La Restauración sólo lo modificó suprimiendo el divorcio y el nombre de Napoleón, que lo distinguía, y que le devolvió el Segundo Imperio. En general, la burguesía, que había llegado al poder con la Revolución, la nueva clase rural que ahora poseía la tierra, así como los nuevos comerciantes e industriales, encontraron en el viejo Código una herramienta adecuada para la defensa de sus respectivos intereses, que los satisfacía con sus postulados laicos, liberales e igualitarios.¹² Por otra parte, el Código se había fortalecido con los comentarios de los grandes tratadistas, que tanto habían molestado en su época a Napoleón,¹³ así como por una abundante y novedosa jurisprudencia. La legislación posterior, de tinte socializador, dirigista y estatista, ha sido dictada como una legislación de excepción a los grandes principios liberales e individualistas del Código, por lo que éste no ha sido tocado formalmente por aquélla, conservando hasta hoy la majestad de las grandes creaciones del espíritu.

PREGUNTAS Y EJERCICIOS

1. *Haga una síntesis acerca del origen de la idea de codificar las leyes civiles. ¿En qué se diferencia el derecho codificado de aquel que existía con anterioridad?*

2. *¿Cree usted que el derecho codificado contribuye en mayor grado a la certeza jurídica que el derecho anterior a la codificación? ¿Por qué?*

3. *Haga una síntesis de los hechos que originaron el Código Civil francés y de sus principales características.*

¹² Así lo sostiene RIPERT, GEORGES, en *Le régime démocratique et le Droit Civil moderne*, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, París, 1936, pág. 18.

¹³ Dicen que cuando apareció el primer comentario sobre el Código Civil, el Emperador exclamó: "¡Mi Código está perdido!". Véase GUZMÁN B., ALEJANDRO, ob. cit., pág. 25.

¹⁰ GUZMÁN B., ALEJANDRO, ob. cit., págs. 24 y 25.

¹¹ JOSSEAND, LOUIS, ob. cit., págs. 42 y 43.

II. VISIÓN HISTÓRICA DE LA ÉPOCA EN QUE SE DICTÓ EL CÓDIGO CIVIL

13. PEDRO LIRA URQUIETA: “El Código Civil y su época”, trabajo leído en la Velada Solemne celebrada en la Universidad de Chile el 14 de diciembre de 1955, con ocasión del Centenario del Código Civil. Recopilada en *El Código Civil chileno y su época*, Editorial Jurídica de Chile, 1956, págs. 42 y siguientes.

No entenderemos bien lo ocurrido entre nosotros en ese tiempo —y en todo tiempo— si no echamos una mirada a lo que acontecía en el ancho mundo. Dos países influían de una manera preponderante en el desarrollo ideológico, político y económico de Chile: Inglaterra y Francia. Estados Unidos emprendía recién la larga conquista del Oeste y distaba todavía mucho de poseer la riqueza y el poderío que conocemos. Por lo demás, no gozaba de mucha simpatía entre los pueblos hispanos: el episodio de Texas y la guerra lastimosa con México aún sangraban. Los chilenos agregarían poco después a ese inventario de agravios las reyertas de California y la ruina de no pocos.

¿Cuál era la situación de los países vecinos? Todos ellos con mayor o menor intensidad eran azotados por el vendaval revolucionario y una dictadura sucedía a otra dictadura. El gobierno del general Echenique, en el Perú, iniciado en 1851, y que tiene el innegable mérito de haber dictado el Código Civil de 29 de diciembre de 1852, terminaba tres años después a consecuencia de un movimiento que acaudillaba el mariscal Castilla. En Bolivia, otro general, Córdova, yerno del entonces Presidente general Belzu, tomaba violentamente el poder para caer dentro de poco derribado por el célebre Linares. A pesar de sus continuos trastornos constitucionales, Bolivia había logrado sustituir la vieja legislación civil española por un Código Civil de contextura francesa, promulgado en 22 de octubre de 1830 y que debe ser mirado como el primero de la América española, ya que no de todo el continente, pues el

Código de la Luisiana es del año 1814. Prosigamos en nuestro cuadro histórico. La situación argentina tampoco era tranquila. La larga dictadura de Rosas había concluido en 1852 con la batalla de Monte Caseros, mas el triunfo del general Urquiza no fue del todo completo, porque la poderosa provincia de Buenos Aires resistía el nuevo orden de cosas. La Constitución Federal de 1853 no vino a ser enteramente aplicada sino recién en 1861, después del triunfo militar de Mitre en Pavón.

De los grandes países íberos del continente sólo Brasil constituía una excepción honrosa. La constante tranquilidad de que gozó durante el Imperio envolvía un mudo reproche a la agitación democrática que imperaba a su derredor, o para hablar con más propiedad, a las perturbaciones militares de las demás naciones. A los ojos de los europeos la agitación política en que se debatían las hijas de España era una demostración de que su independencia había sido prematura, olvidando que la Madre Patria tampoco gozaba de sosiego.

En esos años del llamado gobierno personal de doña Isabel II el desorden político llegaba a su colmo: los grandes jefes militares, como Espartero, Narváez y O'Donnell, se sucedían en los cargos de Regentes o de Primeros Ministros y por poco tiempo dejaban el poder a los civiles. La monarquía constitucional vivía una vida precaria, fuere por las guerras carlistas, fuere por los disturbios internos. Durante los días 17, 18 y 19 de julio de 1854, Madrid estuvo en manos del pueblo y el alzamiento sólo pudo dominarlo el general San Miguel. Pocos años más tarde, la reina debió abandonar el trono e hizo su aparición una república fugaz. Bien se comprende, así, que la influencia de España tenía que ser escasa. Si a todo ello se agrega el recuerdo odioso de la lucha emancipadora, entonces aún vivo, se convendrá en que los valores intelectuales y jurídicos de la España de ese tiempo no tuvieron la resonancia que merecían. Una obra valiosa realizada por un grupo escogido de jurisconsultos y que fue muy aprovechada por Bello y por sus colaboradores, el célebre Proyecto de Código Civil llamado

de García Goyena, no tuvo en la prensa ni en la opinión pública la repercusión que debió tener. Como ese espléndido intento de codificación no alcanzó a recibir los honores de la aprobación legislativa, se le aprovechó en silencio, como a hurtadillas, sin que España pudiera presentar un cuerpo de leyes modelos, como lo hacían los otros países europeos. El Código Civil español iba a demorar veinte años más.

Las naciones admiradas eran, como se ha dicho, Inglaterra y Francia. Esta última había sufrido una terrible conmoción con los acontecimientos revolucionarios de 1848. Ahora no tenemos una idea bien clara de las proyecciones que alcanzó en Europa y aun en América esa Revolución de 1848. Se había iniciado y se había realizado en Francia, cuna y a la vez arsenal de las ideas políticas en auge durante todo el siglo XIX y en particular en su primera mitad. El ensayo de una monarquía liberal había concluido estrepitosamente con la caída de Luis Felipe. En pocos días los grupos exaltados y extremistas habían dominado en París y a través de él en toda Francia y el contagio revolucionario se había extendido por toda la Europa. Sólo dos países resultaron indemnes, Rusia e Inglaterra. Pero los demás, en mayor o menor proporción, sufrieron los embates violentos de la revolución, que aparecía con los caracteres odiosos de un levantamiento social. La Santa Alianza, que había sido mirada como el baluarte del orden, estaba en tierra. Los tronos todos bamboleaban y algunos habían sido derribados. París estaba dominado por los falansterios con su socialismo delirante, y las muchedumbres eran acaudilladas por hombres fanáticos de la talla de Proudhon, Fourier y Saint-Simón. Las arengas románticas y lacrimosas de Lamartine no conducían a nada positivo: sólo servían para calentar los cerebros de los jóvenes ya exaltados por la lectura de su bella historia de los girondinos.

París, a partir del estallido de 1848, era un inmenso taller de ensayos revolucionarios e iba a continuar siéndolo hasta el

día en que Luis Napoleón dio su golpe de Estado y se hizo proclamar emperador. En ese lapso, que va de 1848 a fines de 1851, Francia era el foco de la Revolución: en una de sus barricadas parisinas había caído asesinado el arzobispo de París; para que ilustrara a los neófitos socialistas el gobierno había invitado a Karl Marx, y los primeros experimentos comunistas se realizaron allí. La ola revolucionaria había hecho salir de Roma a Pío IX y rápidamente había puesto en fuga al omnipotente príncipe de Metternich. Las monarquías y los principados italianos y germanos estaban en continua amenaza y no se sabía si la nueva filosofía socialista terminaría por imperar. Le asiste razón a Bertrand Russell cuando dice que el Manifiesto Comunista de 1848 tuvo acentos proféticos al llamar a los proletarios de todo el mundo a la unión y al conminar a los gobernantes con estas terribles palabras: “Un espectro amenaza a la Europa, el espectro del Comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa han cerrado una alianza santa para exorcizar este espectro: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los espías alemanes”. Pues bien, en ese mismo año creyó tener su triunfo: Metternich y Guizot cayeron para no levantarse; el Papa hubo de abandonar Roma, y los radicales franceses vivieron tres años aplastados por sus adversarios comunistas o socialistas, Karl Marx pudo presenciar en Alemania y en Francia ese triunfo, aunque efímero, pues restablecido el orden tuvo que buscar refugio en Londres. Con justicia calificó al movimiento de 1848 de aborto.

Nos explicamos, de esta manera, el estupor que reinó entonces en Europa y en nuestra América.

Estos acontecimientos, que duraron holgadamente dos años, tuvieron una necesaria repercusión entre nosotros. Estimamos que no andan desacertados los historiadores que les atribuyen no pequeña parte en la Revolución de 1851.

Veinte años de gobierno fuerte –los decenios de Prieto y Bulnes– algo habían

cansado a los elementos pelucones y, a la inversa, habían exaltado a los amantes de una libertad omnímoda. Los que veían derrotados a gobernantes tan moderados como Guizot no podían convenir en que continuara en Chile un gobierno autoritario. La luz de Francia irradiaba libertad, y este ejemplo tenía que ser seguido aquí. En balde se les hubiera dicho que las condiciones sociales y económicas, políticas y culturales, eran diferentes. Ellos, los amantes de las ideas de progreso, simbolizadas en los corifeos revolucionarios franceses, ansiaban un cambio que permitiera la difusión de tales principios. Y en lugar de eso el grupo gobernante levantaba la candidatura aborrecida de don Manuel Montt, ejemplar magnífico del catalán recio y tenaz, sin expansiones y sin brillo. Los que llamaremos avanzados, desde Bilbao hasta Vicuña, eran y tenían que ser opositores furiosos de tal candidatura. Veían en ella el predominio de los elementos gobernantes y la consagración de lo que apodaban tiranía. Es menester leer las proclamas y los escritos de ese tiempo para darnos cuenta de la agitación ideológica que existió y de la altura que alcanzó la fiebre política. Mientras el grueso del país, según frase de don Alberto Edwards, consideraba a Montt como “el candidato de los intereses creados, de la burocracia, del preceptorado de los hombres de negocios, de los terratenientes, en suma, de todos los ciudadanos amantes del orden y refractarios a las novedades románticas y a las fantasías deslumbradoras de los jóvenes reformadores, los grupos opositores lo tildaban de ser el representante del atraso, del oscurantismo y del espíritu oligárquico”. ¡Montt, el educador por excelencia, era insultado como oscurantista! ¡Montt, el más progresista de los gobernantes chilenos, como emblema del atraso! ¡Montt, nacido en Petorca, de honrada familia de raíz catalana, el símbolo del espíritu oligárquico!

Pues bien, esta oposición, que ahora nos parece injusta y absurda, tuvo gran fuerza, tanta fuerza que levantó al país en armas. No corresponde en un trabajo de esta clase analizar las causas que engrosaron a las

fuerzas opositoras. Ha de bastar con decir que la elección de don Manuel Montt fue tachada de fraudulenta y obra exclusiva, como diría en Concepción don Pedro Félix Vicuña, de un “gobierno que era sólo una facción diminuta y corrompida”.

.....

La Constitución portaliana había creado un poder central fuerte. A su cabeza y con el título de Presidente de la República estaba un monarca no coronado y de duración temporal, pero dotado de omnímodas facultades, todas ellas, es cierto, encuadradas en el marco rígido de la ley. Pero como el Parlamento era, en cierto modo, hechura suya, podía obtener, cuando era menester, facultades extraordinarias, lo que ocurrió en todo el período en que se prepara y se aprueba el Código Civil.

.....

Este concepto tan definido de autoridad, y tan bien provisto de armas legales para sustentarlo, debía irradiar sobre todo el organismo social. Existía, pues, en la familia una fuerte autoridad paterna; en la educación, la autoridad magistral, y en las industrias, la autoridad del patrón. Cae de su peso que en los campos la autoridad patronal era omnímoda. La sociedad y el cuerpo político estaban, de esta manera, reciamente jerarquizados. La división en clases sociales aparecía sencilla y sin mayores complicaciones: frente a los poseedores del poder y de la tierra estaba la masa del pueblo, la cual habitaba en su mayoría en los campos. Las llamadas ciudades eran grandes aldeas. Sale de los límites de este trabajo dar un cuadro de lo que fue el Santiago de mediados del pasado siglo. Con todo, y admitiendo que se trataba sólo de una gran aldea, se presentaba muy a la distancia de Concepción, La Serena y Valparaíso. Pero en este último puerto, como en algunos lugares del norte, Caldera y Coquimbo por ejemplo, se habían instalado algunos industriales y comerciantes extranjeros, sobre todo ingleses, que creaban riqueza y adelanto y que contribuían a formar una capa social diferente a la de la aristocracia colonial. Es interesantísimo observar la

evolución que sufre la sociedad chilena, y en particular la santiaguina, por efecto de esos elementos extraños y por el ascenso al poder de hombres sanos aunque pobres de las provincias. Así como en otros países americanos la democracia hizo irrupción en la vida del país a través de los jefes militares, en Chile el avance se debe a la difusión de la enseñanza, a la aplicación del Código Civil, al adelanto industrial y mercantil por obra de ingleses y de chilenos que los siguieron y al tino con que los gobernantes escogieron a sus colaboradores entre los jóvenes provincianos más estudiosos y capaces. No ha de desconocerse que la vieja aristocracia pelucona apoyaba su poder en las propiedades agrícolas, de suyo estables y fuentes inagotables de influjo político y económico; mas cabe agregar que esos elementos, que llamaremos nuevos, entraron muy pronto a formar parte de ella, sea por enlaces, sea porque los ricos mineros y comerciantes quisieron también poseer tierras. La adquisición de valiosas propiedades agrícolas del centro por la familia Ossa, cuya fortuna se hizo en la minería, y en el norte, es sintomática. Igual conducta tuvieron los mineros enriquecidos atacameños o serenenses. Lo cierto es que la evolución social y política se desenvuelve de una manera natural, sin estridencias.

La propiedad misma no había cambiado de dueños al pasar Chile a ser república. Quedó siempre en las manos de los terratenientes y el único sobresalto que sufrieron los mayorazgos fue el intento de supresión realizado en 1828 y que con el régimen pelucón triunfante del año siguiente quedó detenido. Para el futuro la Carta Fundamental iba a prohibir las vinculaciones, pero tratándose de las existentes siguió el sabio sistema de transformarlas en censos, procedimiento a que darían salida las leyes posteriores de 1848 y 1852. Abolidos los títulos y los mayorazgos, que fueron más escasos de lo que se ha ponderado, necesariamente la propiedad se dividiría y un fuerte impulso a esa división lo lograría el sistema particional del Código Civil. Pero la propiedad misma, la territorial, la mercantil e industrial y aun literaria, estaba amparada

por los preceptos constitucionales. Sólo una expropiación realizada en forma legal podía privar de ella a su dueño. La agricultura en esos años recibió gran incremento, como que partidas gruesas de cereales y su harina se exportaban. El auge de la industria molinera fue notable. Los documentos de la época demuestran que nuestra harina surtía los mercados americanos del Pacífico y llegaba aun a Australia. Se unían a esas exportaciones las salidas crecientes de la minería, sobre todo de plata y cobre. Los datos de nuestro comercio en la época –y que tomamos de las estadísticas que figuran en el tomo decimotercero de la Historia de Encina– son alentadores. Desde 1848 a 1855 los rubros de exportación fueron creciendo, alcanzando altos precios los productos y, consecuentemente, las tierras. La producción de plata se cuadruplicó en seis años, pasando de 53.000 kilos a 213.000, y el cobre llegó a doblarse, alcanzando a 21.846.720 kilos en el año 1855. Paralelamente a este incremento de la producción agrícola y minera vino el desarrollo de nuevas industrias, casi todas ellas fruto de actividades de extranjeros. Se instalan fábricas de vidrios, de artículos refractarios, de cemento, maestranzas, curtiembres, fábricas de conservas y de calzado; se inicia en grande la industria carbonífera y muchas otras que en parte prosperaron o en parte fracasaron o sólo declinaron con los años.

Era visible el progreso de Chile en esa época. A imitación de las sociedades inglesas de seguros se crea en 1852 la primera Compañía Nacional de Seguros, llamada la Chilena. Poco después se echan las bases del Banco de Ossa y Cía. Ya funcionaba en Valparaíso la Casa Edwards, que toma la forma de banco más tarde, en 1867. Pero antes de él había nacido, en 1855, el Banco de Valparaíso, y cuatro años después el Banco de Chile. La Marina Mercante y sus industrias afines habían logrado notable desarrollo. Puede decirse sin exageración que ella atendía el comercio marítimo de toda la costa del Pacífico, sin perjuicio de que la célebre compañía inglesa, la Pacific Steam Navigation Company, le hiciera competencia. La construcción del ferrocarril

entre las dos costas del istmo de Panamá y el crecimiento del puerto de San Francisco detuvieron el avance de Valparaíso y dañaron a nuestra Marina Mercante. Pero en la época que estudiamos seguía siendo Valparaíso el primero y más conocido de los puertos del Pacífico, y constituía para los ingleses –dueños efectivos de los mares– un punto de apoyo de su comercio.

III. GESTACIÓN DEL CÓDIGO CIVIL CHILENO

14. GONZALO FIGUEROA YÁÑEZ, *Apuntes para hacer clases en el curso de Doctorado en Derecho de la Universidad de París II, "Panthéon-Assas"*, febrero de 1999 (traducción desde el francés por el propio autor).

Es interesante, en este contexto, empezar diciendo algunas palabras acerca del proceso de gestación del Código Civil de Chile.

El primer hecho relevante que salta a la vista es el largo proceso que tomó en Chile la redacción del Código Civil. En efecto, se sabe que entre los años 1830 y 1840 el jurista venezolano radicado en Chile, don Andrés Bello, había estado trabajando personalmente en la redacción de un Código Civil para la República de Chile. En el año 1840 se designó una Comisión para que afrontara la redacción del Código Civil esperado. En cuanto dicha Comisión se constituyó, don Andrés Bello pudo presentarle, sin falsos alardes de suficiencia, una parte ya concluida del trabajo previamente emprendido, la que consistía esencialmente en las disposiciones referentes al Derecho Sucesorio. A partir del año 1840 se elaboraron por la Comisión designada, pero especialmente por el propio Andrés Bello, un conjunto de proyectos de Código Civil, que la doctrina posterior ha denominado por los años en que se fueron publicando, como el Proyecto de 1841 a 1845, el Proyecto de 1846 a 1847 y el Proyecto de 1853. El Proyecto definitivo se envió a la consideración del Parlamento el año 1855, pero entre los años

1853 y 1855 se sabe de la existencia de un cuarto proyecto de Código Civil que no fue publicado en aquella época y que en razón de esta circunstancia se ha denominado "Proyecto Inédito". Lo cierto es que enviado el Proyecto a la consideración del Parlamento el año 1855, éste lo aprobó sin mayor discusión en diciembre de dicho año, para empezar a regir el 1º de enero de 1857. Este año es, en consecuencia, aquel en que empezó la vigencia del Código Civil chileno, disponiendo el nuevo cuerpo legal que desde esa fecha quedarían derogadas, aun en la parte en que no fueran contrarias a él, las leyes españolas preexistentes sobre las materias de que en dicho Código se trata. Si se estima que don Andrés Bello había empezado a trabajar en la redacción del nuevo Código Civil alrededor del año 1835, ha de concluirse que el proceso de gestación de nuestro Código duró alrededor de veinte años. Esto contrasta con la rapidez con que se dictó el Código Civil francés de 1804.

El Código Civil chileno vino a responder a un ansia generalizada entonces en el país, en el sentido de codificar las leyes comunes para superar la complejidad de un conjunto de leyes heterogéneas, entonces vigentes, tanto indianas como castellanas, que tenían a veces diversas interpretaciones y que constituían un fárrago legislativo de muy difícil aplicación. Ello implicaba una inseguridad jurídica que era indispensable superar.

El Código Civil chileno se promulgó, como su antecesor francés, en el momento histórico y político adecuado, luego de superada la época de la guerra de independencia y consolidada la República. Según expresa don Pedro Lira, "es fruto maduro que llega a la vida jurídica a su debido tiempo, cuando retardarlo hubiera sido mengua".¹⁴

La bondad de nuestro Código no dice relación tan sólo con el momento en que fue promulgado. Por su redacción, es una

¹⁴ LIRA URQUIETA, PEDRO, *El Código Civil y su época*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1956, pág. 25.

alta manifestación literaria del idioma. Don Pedro Lira señala en este sentido que “mucho hubiera perdido en belleza el Código Civil si a la solidez y equilibrio de sus disposiciones no hubiera correspondido la propiedad y elegancia del lenguaje”.¹⁵ Además, por su sistematización, nuestro Código es un modelo de lógica jurídica; por su conceptualización, destaca por su nitidez y claridad, y por su eclecticismo, supone combinar en debida forma la antigua tradición castellana con las nuevas tendencias modernas, en un cuerpo unitario de especial relevancia jurídica. Y no pretende, como toda obra grande, ser una obra perfecta, como ya lo hizo presente Bello en el Mensaje del Código Civil, al decir: “Yo no presumo ofreceros bajo esos respectos una obra perfecta; ninguna tal ha salido hasta ahora de las manos del hombre”.¹⁶

15. PEDRO LIRA URQUIETA: “Juicio Crítico del Código Civil chileno”, trabajo publicado en el Tomo XII de las *Obras Completas de Andrés Bello*, edición hecha por el Ministerio de Educación de Venezuela, 1954-55. Recopilada en *El Código Civil chileno y su época*, Editorial Jurídica de Chile, 1956, págs. 7 y siguientes.

Consumada la Independencia, siguió rigiendo en las naciones americanas desprendidas de España, en materia de Derecho Privado, el viejo y complicado sistema jurídico colonial.

Muy pronto estuvieron dotadas las jóvenes repúblicas de flamantes Constituciones Políticas y de cuantas leyes fueron necesarias para afianzar el nuevo orden de cosas; pero la antigua legislación civil se mantuvo en pie, porque no había habido tranquilidad ni tiempo para sustituirla.

En esa época el Derecho Privado español era sencillamente, como lo apodó el eminente Martínez Marina, una confusa y farragosa colección de leyes. No era distinta

la opinión que años antes había formulado Jovellanos. Pero infinitamente más confusa tenía que ser la aplicación de tales leyes en América, sea porque algunos textos peninsulares chocaban con otros textos dados especialmente para las Indias, sea porque sobre determinados puntos había sobrevenido una precipitada legislación local. La simple enunciación de las leyes que tenían vigencia en los países iberoamericanos, antes de estar concluido el proceso de codificación, nos da una idea de lo que fue ese laberinto legal. Por su orden de aplicación era ella en Chile y, según entendemos, en las demás repúblicas afines, la siguiente:

1º. La legislación nacional, o sea, las leyes dimanadas del gobierno republicano.

2º. Las Reales Cédulas y Provisiones Españolas expedidas para América después de la Recopilación de Indias y de las Ordenanzas de Bilbao, de Intendentes y de Nueva España.

3º. Las indicadas Ordenanzas de Bilbao, de Intendentes y de Nueva España y la Recopilación de Indias.

4º. Las Reales Cédulas posteriores a la Novísima Recopilación.

5º. La Novísima Recopilación

6º. El Fuero Real y el Fuero Juzgo.

7º. Las Leyes de Partidas.

Si a esto agregamos el descrédito en que había caído, en ese tiempo, todo lo que provenía de la antigua metrópoli y el afán de implantar las novedades venidas de Francia, comprenderemos fácilmente que todos los gobernantes procuraran darles a sus respectivos países una nueva legislación civil. En las Gacetas de la época puede leerse que había un verdadero clamor por tener códigos, y a imitación del modelo francés. Algunos Estados del hemisferio norte, Haití y la Luisiana, habían adoptado con algunas variantes el célebre Código Napoleón. Al hacerlo habían seguido, por lo demás, el ejemplo europeo, pues si examinamos la obra codificadora de la primera mitad del pasado siglo, tenemos que convenir en que ella se inspira casi totalmente en esa fuente. Los viejos Códigos de Baviera y de Prusia del siglo XVIII se miraban entonces

¹⁵ LIRA URQUIETA, PEDRO, ob. cit., pág. 27.

¹⁶ *Mensaje del Ejecutivo al Congreso proponiendo la aprobación del Código Civil*, en las ediciones del Código, Editorial Jurídica de Chile, párrafo penúltimo.

como cuerpos de leyes añejos, carentes de valor, y en cuanto al sistema legal inglés, se le consideraba, por su peculiaridad, como adecuado exclusivamente para las naciones anglosajonas. El brillo del Código francés había encandilado a los gobernantes hispanoamericanos. No ha de extrañarse, así, que uno de ellos, el chileno O'Higgins, propusiera ya en 1822 que se tradujera de inmediato tal Código y que se le adoptara. Los letrados, en cambio, se daban cuenta de los innumerables tropiezos que habría encontrado tal medida y por esta causa se ingeniaban para buscar un camino que desembocara en el legítimo deseo de tener leyes atinadas, pero sin romper con costumbres y hábitos inveterados.

En verdad, la tarea no era ni podía ser sencilla. La mejor prueba de su dificultad la tenemos en que España, donde abundaban los jurisconsultos, demoró más de medio siglo en hallar la fórmula legal satisfactoria. El concienzudo Proyecto de Código Civil llamado de García Goyena —que tanto aprovecharon los legisladores americanos— no llegó a transformarse en ley. Esto explica bien a las claras la demora que hubo entre las iniciativas de codificación y el logro definitivo. Era tarea relativamente fácil la de designar comisiones tras comisiones que se encargaran de esa empresa, y a eso se redujo, en la mayoría de los casos, el afán de los cuerpos legislativos. Lo importante era encontrar el hombre versado y tenaz que solo o en el seno de tales comisiones se impusiera el arduo trabajo de componer el Código. Chile tuvo la suerte de contar con ese hombre. Esa gloria estaba reservada al venezolano Bello, quien a poco de llegar al territorio chileno, ya en 1831, se consagró a ese intento con ejemplar constancia hasta darle cima en 1855, año de la promulgación del Código Civil chileno.

.....

Digamos ahora algo sobre la génesis del Código Civil chileno y la parte que en ella cupo a Bello.

Sabemos que el anhelo por tener un cuerpo de leyes propias se hizo sentir en Chile en los primeros años de su vida libre,

mas sin obtenerse resultado apetecible alguno. Cuando llega Bello, en 1829, las cosas estaban en el mismo estado en que las había dejado O'Higgins pocos años antes. Esto explica que en 1831 el Senado se dirigiera al Supremo Gobierno instándole a que se preocupara del ansiado Código Civil.

Es muy significativo que en una nota dirigida por el Ministro Portales al Senado, en el mes de julio del año 1831, se contenga en germen la historia de la formación del Código Civil. Esa nota fue redactada por Bello y nos declara como ya en ese tiempo se dio cuenta de que iba él a ser el autor del anhelado cuerpo de leyes. Se dice en la referida nota que el Supremo Gobierno ha decidido dotar al país de una legislación nueva abandonándose la idea primitiva de las recopilaciones; que esta tarea deberá ser encomendada a una sola persona, a fin de darle la suficiente unidad; que el proyecto por ella elaborado será dado a la publicidad para que todos puedan imponerse de sus deficiencias y proponer las enmiendas necesarias, y, finalmente, que una comisión deberá revisarlo antes de ser presentado al Congreso.

En 1840 fue cuando vino a nombrarse la comisión de que se hablaba en 1831. Gravísimas urgencias de Estado habían impedido hasta entonces su designación. Pero su tardanza no trajo consigo grandes males, pues Bello había tomado a su cargo la inmensa tarea de elaborar un proyecto de Código Civil. Nombrada la comisión, pudo presentarle, sin falsos alardes de suficiencia, la parte concluida de su trabajo. La comisión estudió primeramente las disposiciones contenidas en el Libro III del Proyecto, es decir, las leyes sucesorias. Sus estudios fueron publicados en el periódico oficial de la época y el distinguido jurisconsulto y profesor don Manuel María Güemes formuló al respecto más de una observación útil. Poco después se nombró una segunda comisión, encargada ya de presentar el proyecto al Congreso, y por ley del año 1845 se refundieron ambas comisiones en una sola, que continuó en sus labores hasta mediar el año 1849.

Quedaban entonces sólo tres miembros hábiles: los señores Manuel Montt, Gabriel Palma y Pedro F. Lira, sin contar a Bello. Esta última comisión refundida alcanzó a pronunciarse sobre los Libros III y IV del Proyecto, o sea, sobre la materia de sucesiones, de obligaciones y contratos. Nada pudo avanzar en orden a las leyes sobre la familia y los bienes. El infatigable Bello continuó laborando solo y pudo presentar, de esta suerte, un proyecto más perfecto a la última comisión designada en el mes de septiembre de 1852. Esta comisión es conocida con el título de Comisión Revisora, y el proyecto que fue objeto de su estudio es llamado Proyecto de 1853.

El presidente de la comisión, el ilustre jurisconsulto don Manuel Montt, era entonces Presidente de la República. En su sala de despacho se celebraron las numerosas reuniones en que se analizó detenidamente el proyecto de Código y que tuvieron fin en el año 1855. Más de una reforma de importancia introdujo la comisión en el Proyecto. No se aminora con esto el mérito de su autor, en parte porque las reformas no siempre fueron de importancia, y en no pequeña parte, también, porque ellas fueron discutidas y aprobadas en definitiva por Bello. De tal manera se le tenía a él por autor del Código Civil que la propia comisión le encargó la revisión del texto ya aprobado por el Congreso Nacional. Para el acucioso redactor siempre quedaba lugar a la lima y a la corrección. Esto explica que en la edición oficial del Código Civil aparecen algunas disposiciones redactadas de manera diferente de como fueron aprobadas por el legislador. En 14 de diciembre de 1855 se despachó la ley aprobatoria del nuevo Código, que iba a regir a partir del 1º de enero de 1857; y por esa misma fecha se dictó otra ley por la cual se conceden honores extraordinarios a don Andrés Bello.

El mensaje con que fue enviado el proyecto al Congreso es de la pluma ática de Bello. Quiso su autor darnos allí una apretada síntesis de su pensamiento jurídico. Con notable concisión se exponen las razones que movieron a aceptar tal o

cual sistema y aprobar una u otra solución jurídica. La importancia forense de este Mensaje la demuestra el hecho de que él sea invocado de continuo en los escritos y en los alegatos de los abogados. En cuanto a su valor literario, bástenos decir que es una página de antología jurídica comparable con las mejores piezas de Jovellanos.

16. EJEMPLO DE LA FORMA COMO FUE MODIFICANDO SU PENSAMIENTO DON ANDRÉS BELLO, A TRAVÉS DE LOS DISTINTOS PROYECTOS DE CÓDIGO (en relación con el actual art. 2º)

a) *PROYECTO DE 1841-1845, art. 5:*

“El uso o costumbre legalmente probado tendrá fuerza de ley en todo aquello en que no fuere contrario a las leyes dictadas y promulgadas por la autoridad constitucional competente.

“Y sólo se tendrá por legalmente probado el uso o costumbre a cuyo favor constare haber habido tres o más decisiones judiciales conformes, pronunciadas dentro de los diez años anteriores por una corte superior o suprema, y pasadas en autoridad de cosa juzgada.

“Pero se podrá refutar esta prueba aun por una sola decisión contraria que tenga las mismas calidades”.

b) *PROYECTO DE 1853, art. 2:*

“La costumbre tiene fuerza de ley cuando se prueba de cualquiera de los dos modos siguientes:

“1º. Por tres decisiones judiciales conformes, pasadas en autoridad de cosa juzgada, dentro de los últimos diez años.

“2º. Por declaraciones conformes de cinco personas inteligentes en la materia de que se trata, nombradas por el juez de oficio o a petición de parte.

“Sólo a falta del primero de estos dos medios podrá recurrirse al segundo; y ni el uno, ni el otro, ni los dos juntos, valdrán, si durante dicho tiempo se hubiere pronunciado decisión judicial contraria, pasada en autoridad de cosa juzgada”.

Nota de Bello al art. 2 del Proyecto de 1853:

Al inc. 1º: Ll. 32, párrafo 1, 35, 36, De Legibus. L. 43 e. Quae sit longa cons. L. 5, tít. 2, Part. 1ª.

Al inc. 2º: L. 34, De legibus.

Al inc. 3º: Gregorio López, nota 7 a la Ley Nº 5, tít. 2, Part. 1ª.

Al inc. 4º: En este art. se ha procurado reducir a reglas previas la citada Ley Nº 5.

c) *PROYECTO INÉDITO, art. 2:*

“La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la ley se remita a ella”.

Nota de Bello al art. 2 del Proyecto inédito:

“Ley Nº 11, título 2, Libro III de la Nov. Rec.”

SEGÚN DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES (Don Andrés Bello y el Código Civil, Santiago, 1885) Y DON PEDRO LIRA URQUIETA (Obras Completas de Andrés Bello, Tomo XII, Caracas, 1954), LA FUENTE DIRECTA DEL ACTUAL art. 2 SERÍA EL CÓDIGO AUSTRIACO, art. 10, Y POSIBLEMENTE, EL CÓDIGO HOLANÉS, art. 3.

CÓDIGO AUSTRIACO, art. 10:

“Las costumbres no pueden ser aplicadas sino en los casos en que la ley se refiera a ellas, o cuando ellas sean confirmadas en alguna provincia por el Soberano”.

CÓDIGO HOLANÉS, art. 3:

“La costumbre no establece derecho sino solamente en los casos en que la ley lo ordena”.

CÓDIGO CIVIL, art. 2º:

“La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la ley se remite a ella”.

EJERCICIOS:

1. Entreviste a algún profesor o jurista que se haya especializado en el estudio de la gestación del Código Civil, y relate luego en clase las opiniones que le haya manifestado dicha persona.

2. Siga el pensamiento de don Andrés Bello, a través de los distintos Proyectos de Código, respecto de los artículos del Código Civil que el Profesor del curso señale.

IV. BIBLIOGRAFÍA

16A. BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA ACERCA DE LA HISTORIA DEL CÓDIGO CIVIL CHILENO

AMUNÁTEGUI REYES, *Imperfecciones y erratas manifiestas del Código Civil chileno.*

ÁVILA MARTEL, ALAMIRO DE, y otros, *Vida y obra de Andrés Bello*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1973.

BELLO, ANDRÉS, *Obras Completas*, Tomos XI, XII y XIII: Proyecto de Código Civil, edición hecha bajo la dirección del Consejo de Instrucción Pública, impresa por Pedro G. Ramírez, Santiago, 1887, 1888 y 1890, con introducción de don Miguel Luis Amunátegui.

BELLO, ANDRÉS, *Obras Completas*, Tomos III, IV y V: Proyectos de Código Civil, Editorial Nascimento, edición hecha con los auspicios de la Universidad de Chile, Santiago, 1932, con introducción de don Miguel Luis Amunátegui.

BELLO, ANDRÉS, *Obras Completas*, Tomos XII y XIII: Código Civil de la República de Chile, Comisión Redactora de las Obras Completas de Andrés Bello - Ministerio de Educación de Venezuela, Caracas, 1954. Con introducción de don Pedro Lira Urquieta.

COOD, ENRIQUE, *Antecedentes legislativos y trabajos preparatorios del Código Civil de Chile*, Comisión Nacional Organizadora del Centenario del Código Civil, Santiago, 1958.

FELIÚ CRUZ, GUILLERMO, *La prensa chilena y la codificación (1822-1878)* - Comisión Nacional de Conmemoración de la muerte de Andrés Bello, Santiago, 1966.

HERNÁNDEZ IGLESIAS, FERMÍN, “El Derecho consuetudinario y la codificación”, en

Revista de Derecho y Jurisprudencia, Tomo I, pág. 242.

LETELIER, VALENTÍN, “Proceso evolutivo de la codificación en Chile”, en *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, Tomo I, pág. 277.

LIRA URQUIETA, PEDRO, *El Código Civil chileno y su época*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1956.

LIRA URQUIETA, PEDRO, “Bello, jurista”, en *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, Tomo XLVIII, pág. 77.

PERITCH, JVOIN, “La codificación del Derecho Civil y la solidaridad europea”, en *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, Tomo VII, pág. 159.

RIOSECO ENRÍQUEZ, EMILIO, “Actualidad de Bello en el Derecho Privado”, en *Revista*

de Derecho y Jurisprudencia, Tomo LXII, pág. 181.

SILVA FERNÁNDEZ, PEDRO, “Discurso en homenaje a Andrés Bello”, en *Revista de Derecho y Jurisprudencia*, Tomo LXII, pág. 177.

BIBLIOGRAFÍA PRODUCIDA CON
MOTIVO DEL SESQUICENTENARIO
DE LA PROMULGACIÓN DEL CÓDIGO
CIVIL CHILENO

- *De la codificación a la descodificación*, Ediciones Universidad Diego Portales, varios autores, Santiago, 2005.
- *El Código Civil de Chile (1855-2005)*, Trabajos expuestos en el Congreso Internacional celebrado para conmemorar su promulgación, varios autores, Editorial LexisNexis, Santiago, 2007.